

Editorial

La educación hacia el bicentenario: inclusión

Cuando nosotros, los peruanos, celebremos nuestro arribo al bicentenario; la principal institución que regula la educación mexicana, la Secretaría de Educación Pública (SEP), habrá alcanzado la longeva edad de 100 años. Su principal artífice fue José Vasconcelos, el militante de la escuela atenea mexicana. Emilio Zebadúa (2011) esboza sucintamente la realidad que enfrentó Vasconcelos: “en 1920 la educación pública carecía de estructura. Estaba en manos de los municipios que carecían de las condiciones y el número de escuelas y maestros necesarios”. Para cumplir con el propósito de educar a la nación Vasconcelos propuso una reforma impartida por el Estado y la concibió “obligatoria y gratuita para todos sus habitantes”. No cabe duda que fue un paso decisivo en la tarea incluyente.

De invertir se trata

No se puede negar el gran avance de la educación mexicana, que ostenta entre sus méritos, reconocidos globalmente, el contar con importantes instituciones universitarias y de investigación; además de ser el país latinoamericano que más ha invertido en educación, invirtiendo un presupuesto colosal en ello como lo puede uno atestiguar al conocer el porcentaje del PBI asignado a dos de sus secretarías que tienen que ver con el campo educativo (ministerios para nosotros los peruanos): el de Educación y el de Cultura. A la Secretaría de Educación Pública se le ha asignado el 6.3% del PIB:¹ El presupuesto para la educación en México estaba en el 2011 “por arriba de 5.9 % del Reino Unido y mucho más que el 4.7 % de Japón. En Francia este coeficiente es de 6.1 y en Finlandia de 6.0 % por ciento”. Asignación presupuestal que ha ido creciendo sostenidamente durante los últimos diez años. En el Perú el 2016 el porcentaje del PBI asignado fue del 3,85 %.

La inversión que genera tamaño presupuesto lo puede uno percibir no solo en megalíticas construcciones: museos, bibliotecas y demás infraestructura; sino también en infraestructura académica de primer orden como acceso gratuito y remoto a bases de datos, por parte de sus estudiantes universitarios, masivo intercambio estudiantil, becas que contribuyen a evitar la deserción estudiantil, etc. Inversión en eventos culturales de ensueño –muchos de ellos gratuitos o con cobros diferenciados en beneficio y para el alcance de la población escolar, universitaria y adulta mayor–: ferias de libro, exhibiciones artísticas, proyecciones fílmicas de estreno global, industria editorial y cultural sostenida.

Habría que añadir, cuando hablamos de inversión en la educación del mexicano, la asignación presupuestal de los mismos estados (recuérdese la estructura federativa mexicana y entiéndase como regional en el Perú) a las áreas cultural y educativa; y en algunos casos la de los municipios o delegaciones; así como la inversión privada. Pese a ello la educación mexicana y en especial la básica necesita, como lo sugieren Juan Carlos Rulfo y Carlos Loret de Mola de un “cambio” urgente que sitúe a sus ciudadanos en contexto globales y que les permita superar sus altísimas tasas de deserción.

¹ Los datos aquí explicitados tienen como fuente los propuestos por el diario *El economista*; que tiene, a su vez, como fuente a los datos proporcionados por la OCDE.

Un dato cuantitativo, pero que resulta lógico en la monumentalidad mexicana, y que sería la envidia de todas las facciones sindicales peruanas y (por informe de un amigo, también en la realidad ecuatoriana), es la del número de docentes “comisionados” en México; vale decir, de docentes que vienen cumpliendo labores sindicales y en tal razón “no están frente a grupo” de alumnos en el aula: 21178. Como para caerse de espaldas. Y es que, como ya lo señalamos, lo que hay de sobra en la educación mexicana es presupuesto y éste tiene que gastarse en el año pues sino no hay capacidad de gasto, y si “invertir” en “comisionados” fortalece el sistema educativo que se gaste y punto. Quien soy yo, para estar mezquinando y cuestionando presupuesto extranjero.

Otro dato que llamaría la atención de quien estudie el tema sindical mexicano es el que la cifra dada líneas arriba solo es un estimado, pues sobre el número exacto de los “comisionados” ni la SEP, ni el mismo Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) sinceran las cifras. Sobre casos de soborno, chantaje y otros afines a la corrupción al interior del más grande sindicato mundial de la educación, no me atrevo a decir nada, uno por no contar con datos y otro porque desde el Perú, no podemos tirar mayores piedras. Ante la (mala) administración de tamaño presupuesto, nos sumamos al reclamo y denuncia que hiciera Patricia Oliart respecto la corrupción en la educación peruana; y las dos “condiciones” que pusiera David Calderón (2011) a la SEP para llevar a cabo la utopía educativa mexicana, y que reproduzco: “que se ponga la bolsa a donde se puso la boca (eficiente y honesto uso de un presupuesto de monto proporcionado y cuidadoso escrutinio y que se asuman los costos –políticos y culturales– de una transición de gran envergadura”.

Incluyendo a los “otros”

Siguiendo a Zebadúa; habría que destacar que el modelo educativo post-revolución en México se consolidó y sostuvo en el tiempo por “el compromiso de las maestras y los maestros” Así como Zebadúa destaca el compromiso docente; David Calderón apuesta por el docente en la construcción de la nueva utopía – aunque también reclama el compromiso de los padres y los adultos, y con ellos de toda sociedad en su conjunto– demandándoles una “alta competencia profesional”, y que no estén buscando acumular “credenciales, grados académicos”.

Aunque uno pudiera discrepar con Calderón sobre la desconfianza que tiene para con el sistema universitario en la formación docente, hay que reconocer que en muchas ocasiones está “formación universitaria” se ha convertido en un mecanismo de ascenso social en el viejo modelo colonial de adquirir títulos honoríficos que poco, y, quizá aún más, hasta desdican de la formación recibida aunque sea avalada por cada “credencial” (en el Perú le llamaríamos despectivamente “cartón” made in Azángaro) que uno ostenta en las paredes de su sala, oficina o entre las tarjetas que uno lleva en la billetera escalafonaria.

Lo que no toma en cuenta Zebadúa, podría objetársele y no le faltaría razón ajena a quien así piense, es que en el proyecto político de la revolución, y hasta la fecha, no estaba contemplada, en serio, una diferenciadora inclusión educativa de quienes resistieron el embate y presencia española, de quienes fueron traicionados pese haberse sumado a los “alzados” en pro de la revolución.

Estaba sugerida su integración al proyecto nacional y por ende había que mexicanizarse a todos los grupos originarios. Pero no estaba contemplada una inclusión que respetara su

diferencia y quizá, como en el Perú, no lo esté por el temor-rechazo que se le tiene a la población originaria que nos enrostra nuestra hendidura colonialista. Desde nuestra perspectiva lo “nativo” u “originario” es lo real no simbolizado en el proyecto moderno latinoamericano, y que ha sido, en razón a los nacionalismos estéticos y, últimamente, a las políticas multi y interculturalistas, incluido como tema de exhibición: lo exóticamente mexicano o peruano para el mundo. Y no es que la SEP o el Ministerio de Educación del Perú (Minedu) no hayan hecho nada sobre el tema de la educación “indígena”, pues se tienen publicados y distribuidos, solo por poner un ejemplo, millones de textos de distinta naturaleza, en 36 lenguas originarias y 62 variantes (en México) y en 19 lenguas (para el caso peruano). Lo cual ya es un gran avance, aunque mi reflexión va un tanto más allá.

El poblador originario, no sólo, como podría pensarse, es ese “otro” que se resiste, que se aferra a su diferencia; pues la realidad nos desdejaría en esta mirada cosificadora de lo nativo. Lo que pretendo señalar es que Latinoamérica tiene que iniciar un proceso educativo decolonial. Me refiero, a un proyecto, que tome en cuenta y en serio la inclusión y curricularización de la episteme indígena, iniciándose por el aprendizaje obligatorio y gratuito de las lenguas indígenas entre los colonos; vale decirse, el inicio de un proceso de inclusión real no para que el otro responda a las necesidades del mercado, sino para que nosotros –ya sea como sujeto dominante/dominado en lo económico, militar, cultural y social– aceptemos nuestra identidad como sujetos heterogéneos.

David Calderón al hablar del perfil del egresado “tipo” mexicano lo caracteriza con dominio de su propia lengua, capaz de leer y comprender textos en inglés y hábil para manejarse con soltura en el medio digital. Se construye así el estatuto de mexicano tipo, y por ende de un representante utópico y miembro de la comunidad imaginada por quienes ostentan el poder. Se dirá, pero México y el Perú tienen programas bilingües interculturales. Programas que no pretende otra cosa que buscar la integración de esta población al proyecto nacional y su consecuente homogeneización.

Lo que propongo no es solo integrar, por un lado, al egresado tipo a su México o Perú real –en la acepción lacaniana y común del término–, a su México heterogéneo, sino de integrar al colono a la identidad del otro a quien desdeña, siendo un primer paso el aprendizaje de las lenguas originarias que le circundan, enseñanza tanto en las escuelas públicas como en las privadas. Asimismo, un sistema educativo, y no solo un programa, que les brinde a los pobladores originarios la oportunidad de saber y reconocer que su diferencia no los hace ser menos y por lo tanto proscritos y estigmatizados merecedores de una “educación especial”, que es así como actualmente, en algunas naciones se entiende la interculturalidad. Y cuando hablo de poblaciones originarias, también estoy pensando en aquellas otras sociedades “originarias” que gestan culturas y bullentes discursos como la población “afro”, o los sociedades “subte”, o las comunidades “gay”; todas ellas forjadoras de riquísimas nociones de lo humano, que también merecen incorporarse en currículos que se dicen incluyentes.

Despoblando la escuela pública

En México, numéricamente hablamos de más de 25 millones de alumnos de educación básica (otros medios hablan de 28.9 millones, de los cuales curiosamente el millón y tantos de estudiantes indígenas son contados aparte ¿Cómo para subrayar su importancia, o como para subrayar su excepción del sistema?) atendidos por más de un millón de profesores en cerca de 234 mil instituciones educativas. Y al igual que muchísimas escuelas en el mundo, y

con más énfasis en las grandes ciudades, presenta problemas alarmantes: violencia escolar (bulling), consumo de alcohol, tabaco y drogas, embarazos no deseados y consecuentes, inmediatos y –en algunas jurisdicciones– clandestinos abortos. Vale decirse, nada fuera de lo “normal” y aceptable como tal. Lo que si no es aceptable, al menos para mí, es el creciente despoblamiento de los colegios públicos, debido principalmente al ambiente de inseguridad; aunque yo creo que la causa es mayor. Porque como ya dije, esta realidad educativa con grados de “violencia” es normal y ha sido aceptada casi desde que se le crearon las cuatro sólidas y seguras paredes.

René Avilés nos confiesa su nostálgico recuerdo de haber transitado, durante su época de formación escolar y universitaria por “escuelas públicas, de gobierno, decíamos en aquella época. De la primaria hasta la licenciatura en la UNAM”. Y nos da cuenta de su actual condición como profesionista y académico en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM); destacando con ello lo valioso que fue para él la educación pública en todas sus etapas. Más adelante, en su proceso confesional, antes que le concedamos la penitencia, nos declara encontrarse perplejo ante el giro evidente de la realidad educativa, al menos en el ámbito universitario, de sus años de formación a los actuales de su ejercicio profesional: si antes uno desconfiaba de la educación privada, “hoy es exactamente al revés; los jóvenes que no pueden ir a una universidad privada tienen que ir, contra sus deseos y los de sus padres, a una pública”.

Y con mucha astucia y aguzada actitud académica Avilés ve no sólo el desmoronamiento del sistema educativo público sino de sistema político en general, que a su parecer pisó fondo mucho antes de 1968, “año en que el malestar estalló en la parte más sensible de México: los estudiantes y académicos”. En fechas e historia no me atrevo a decir nada y menos a especular. Pues los mexicanos las han vivido, gozado y llorado; mientras mis padres, en los sesenta y setenta, disfrutaban de las proyecciones filmicas mexicanas acá en el Valle del Mantaro. ¡Como invitan a la melancolía los recuerdos de otros!

Avilés recuerda a su madre, profesora divorciada y clasemediera que supo inculcar en sus hijos el gusto por los proyectos educativos; además, recuerda la omnipresencia, sino no la recordaría, de la biblioteca familiar “no sólo compuesta de textos escolares, sino de mucha literatura”. Me detengo en estos anecdóticos detalles, porque de lo que nos está hablando Avilés es del pasado, el mismo que podemos leerlo como el reverso del hoy. Y es hoy, esa emergente clase media que tuvo fe en la utopía educativa, la que nos gobierna en muchos países sudamericanos, pongo como ejemplos a Evo Morales en Bolivia y el antes presidente peruano Ollanta Humala.

Y aunque el México actual no esté gobernado directamente por la clase media emergente, ésta clase social uno la puede encontrar en todas, absolutamente, todas las esferas de mando medio y medio alto gubernamentales. Es decir; por un lado, son los herederos del sistema exitoso que los erigió en sus actuales puestos de poder; y por otro, son los verdugos que llevaron al colapso el sistema que los encumbró, o cuanto menos, son quienes ante la crisis estructural no saben cómo hacer reflotar la escuela pública. Han perdido la capacidad de imaginar la nación que tanto les dio. No saben cómo responder al imperativo de la madre patria y del padre gobierno. Dejemos que Avilés nos ilustre la forma como su “generación” viene gobernando el país, que se puede extender a los nuestros: “incapacidad estatal, falta de creatividad del sistema político y su agotamiento, creciente desempleo, violencia, rapiña de los partidos políticos”.

Y la aseveración que hace Avilés al final de su confesión es verdad: “La solución no pasa por los partidos políticos, sino por la organización de la sociedad. No es sólo educativa, lo es de estructura”. Y es verdad porque Avilés omite, y uno puede aprender mucho de las omisiones y silencios, seguir dándonos a conocer su línea de vida (Confieso que no lo conozco y lo que digo de Avilés no lo digo como sujeto con nombre y apellido, sino como figura sémica que él representa), una vida llena de éxitos, de hijos que han estudiado en el sistema privado, debido a la nueva posición social y académica del padre. Desaprendiendo con ello, la capacidad de convivir con la sociedad –o mejor sería decir, las sociedades– que Avilés pretende se organice(n). Un dato cuantitativo es más que contundente: en el Distrito Federal se tienen 4061 escuelas oficiales y 3802 escuelas privadas. Si como dice Avilés, en sus años mozos eran escasas las instituciones privadas; ¿quiénes han poblado las actuales?. No lo neguemos más: nosotros, los clasemedios que en nuestra posición cercana al poder, las hemos poblado con nuestros hijos.

Por ello, mi preocupación por el despoblamiento de las escuelas públicas y consecuente migración y obvio crecimiento de la oferta privada, que no hace otra cosa que decirnos con toda violencia de la que es capaz: la educación no es una necesidad, por ende no tiene que ser ni obligatoria y menos gratuita. Las escuelas públicas se tienen que volver a poblar en su diversidad. De lo contrario continuaremos percibiendo o mal creyendo que la educación, al menos la pública, ya no es un factor de promoción social, olvidándonos que nosotros somos su principal producto; o, como, subraya el diario *El Economista* “No basta con educación”, refiriéndose al estrecho vínculo entre nivel de educación y desempleo. Pues claro, no basta con una educación poco o nada inclusiva.

Según datos de *El Economista*: la población desempleada según nivel de instrucción es la siguiente: 37.2 con nivel medio superior y superior; 35.7 con secundaria completa, 18.5 con primaria completa, y 8.5 con primaria incompleta. Buscando justificar y alentar con ello la generación de una educación que vincule directamente al joven con los medios de producción, con el mercado global al que, a toda costa, la elite mexicana pretende que su país ingrese. Sin reparar en la naturaleza de su población heterogénea, y mucho menos en la necesidad de realizar reformas que fortalezcan instituciones u organizaciones que también tienen trato con la educación: me refiero, principalmente a los medios de comunicación masiva. Sobre los cuales no abundo y sólo los menciono pues creo son un puntal de lanza que se niega o, somos nosotros los pedagogos, quienes nos negamos a empujarlos a involucrarse en nuestros negocios.

Y, si hoy México puede sentirse orgullosa de contar con universidades públicas prestigiosas como la UNAM, UAM, UAEM, etc.; o el en caso peruano, podemos sentir orgullo de contar con una entidad universitaria –privada, para variar– igualmente reconocida como la Pontificia Universidad Católica del Perú, es porque dichas instituciones han aprovechado, independientes de sus sistemas educativos nacionales, los beneficios de la educación inclusiva, relacional y heterogénea.

Finalmente, podríamos decir, que la educación que hoy tiene México es la tenaz experiencia iniciada por Vaconcelos, cuyo espíritu –que vinculara al libro, la universidad y al humanismo; léase en el sentido inverso: filosófico, institucional e instrumental– perduró hasta la brutal arremetida del capitalismo global. Mas, actualmente tenemos entre manos herramientas teóricas con las cuales podemos acercarnos a reflexionar, imaginar y como iterativamente pide David Calderón, “soñar”. Atrevemos a soñar un bicentenario incluyente.

Jorge Luis Yangali Vargas

Referencias bibliográficas

Avilés Fabila, R. (2011) “¿Dónde están los indignados?” *La crónica de hoy*, 19 de agosto de 2011. México D.F.

Calderón, D. (2011) “Articular la educación básica”. *El Financiero*, 7 de septiembre de 2011. México D.F.

El Economista (2011) “Presupuesto educativo, mucho pero mal gastado” *El Economista*, 18 agosto 2011. México D.F.

Oliart, P. (2011) “Mediocridad y corrupción: los enemigos de la educación pública” en Pásara, L. (Editor) *Perú ante los desafíos del siglo XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. pp. 295-326.

Rulfo, J. C. y Loret de Mola, C. (2012) *De panzazo*. Filme. México: Mexicanos Primero.

Zebadúa, E. (2011) “A 90 años de la creación de la SEP”. *La crónica de hoy*, 3 de octubre 2011. México D.F.

---. “¿Escuela segura?”. *La crónica de hoy*, 15 de septiembre 2011. México D.F.